

Al vuelo de mi pluma

El chiquillo de las tres saetas

En la Plaza de la Cárcel y al paso del Cristo de la Expiración

La multitud se agolpaba en la plaza. Las calles cercanas, congestionadas del humano bullicio, se alineaba dando cara a la cárcel, como reptiles blancos moviéndose en la noche con luna. Las ventanas carceleras estaban cerradas. Los rostros morenos de los penados, no iban a contemplar el paso del Cristo y con ello, una esperanza vivificadora de aquello que en el alma parecía inerte... Ellos pensarían no obstante, en la bondad de la Virgencita del Valle, que tanta ilusión despertaba en sus corazones. Frente a mí, alzaban en alto sus sombras, las casas blancas diluidas en obscuridades, porque el resplandor de las luces se columpiaba en las esquinas delanteras. La luna parecía agitar su cabellera de plata. Estas noches pasadas, con brazos de luminosidad, había hecho peines de pasión con el eco de las saetas que cruzaron el aire. Y reía. En un balcón contemplé peinetas, llenas de gracia, que retaban al dolor para dormirlo en su españolismo. Rasgó una corneta la quietud del ambiente en la plaza. En las esquinas la multitud parecía estirarse y encogerse. El anhelo supremo de las almas, era acercarse a la Cruz que iba a pasar...

Sonaron las cornetas. Cruzaban los penitentes. En el centro, cruces y estandartes. La Figura del Cristo de la Expiración, orientóse ante la cárcel, y del balcón con las peinetas, la voz menuda y grácil de un chiquillo empezó a desgranar una saeta. Llevaba olor de pena, hecha flor diminuta en la soledad del dolor. Rozó la letra el costado de la talla y por un instante la vi jugar. A Cristo aquella saeta le consolaba más que ninguna, porque la cantaba un niño... Siguió su paso el cortejo. Más penitentes. Estandartes y cruces. Y ante las rejas de la prisión resbalan las miradas de San Juan. Su palma de oro, tiene con luna, nitidez en sus resplandores. Sus flecos parecen

también saetas... Y nuevamente la voz del niño, que como un junco moreno del río, sin llegar apenas al filo del balcón, metidito entre los hierros—blancos y verdes—rompía como una caña débil, el sonido de otra oración infantil...

Llévale un parte
al hijo de sus entrañas,
que quieren quitarle a María...

La vocécilla al final de la saeta hacía un alto elástico. Doblaba mucho la curva de su ruta, con acendrada valentía de futuro cantador. Y al pasar la Virgen del Valle cantó la tercera...

Han cambiao tu manto azú
por uno de seda negra...

Pedía la multitud más cante. El chiquillo protestaba porque su voz estaba prendida en las esquinas del cansancio, y haciendo un esfuerzo supremo se soltó para asomarse a la plaza... Reía la luna otra vez. El junco morenito, iluminado por sus rayos de plata, llorosos los ojos, caídos sobre la frente los rizos de su cabellera desordenada, tendidas sobre el borde del balcón sus manos negruzcas, cantó de nuevo...

Fueron tres saetas, de las que llegan hasta el fondo mismo del alma, abriéndose paso a fuerza de fragilidad y blancura. Las últimas luces de la procesión desaparecieron, y la multitud se estiraba y encogía hasta desalojar la plaza. Quedó sola la luna, en alto. Las peinetas siguieron luciendo la gracia altiva de su luz española. La cárcel quedó silenciosa, con sus rejas negras sobre fondo amarillo rosáceo. Dentro los corazones aprisionados por la pena y a lo lejos, sobre el costado del Cristo y en el corazón amoroso de la Virgen, saltaban tres ecos, como flores, hechas con la voz delgada, alegre, retorcida, del chiquillo moreno prendido entre los hierros blanquiverdes del balcón.

FRANCISCO MONTERO GALVACHS.